

AÑO XXII.—NÚM. 6190

28 DE ENERO DE 1882

REDACCION, MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 28 de Enero de 1882.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA  
DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI  
A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

## XV.

Si grande era, como hemos visto, la repugnancia al ejercicio de la industria en todas las clases sociales, mayor llegó á ser todavía la preocupación contra el comercio, especialmente entre la nobleza. Para injuriar á un noble bastaba decirle «mercader.» Los medios de que se vale el comercio para sus negocios, si quiera fuesen lícitos y basados en la probidad, repugnaban profundamente al honor castellano, aquel honor para el que era mancilla el alumbrar se con candil, cabalgar en un pollino, y el hacer cantar á un ciego á la puerta de casa; y el hidalgo que traficaba en cualquier género de comercio, incurria ante la opinión pública en el concepto de degradación. Por eso había prado ya á ser adagio entre los españoles, que «el honor de un comerciante era más delicado que el de una doncella.» Un grande de España que había vendido las lanas de sus rebaños, fué despreciado de la nobleza y ajado con el sobrenombre «de mercader.» En un folio italiano de fines del siglo XVII, titulado «Monarquía de España,» se lee que los grandes que tenían el mando de los buques de guerra, desleñábanse, casi siempre, de batirse para guarecer de los insultos de los enemigos á «viles mercaderes» ú oscuros pescadores.

Así es que los nobles arruinados preferían servir como criados ántes que descender al yugo honroso del trabajo, conviniendo con aquello de «que en la domesticidad, la nobleza duerme, y en el comercio perece.» Esto hizo decir al inmortal Lope de Vega: «Es tan bien nacido todo el mundo en España, que la necesidad de servir distingue solamente al pobre del rico.» Si vemos cierto itinerario descriptivo de España, su autor M. Delaborde, que teniendo necesidad de un criado el conde de Froberg, se le presentó un hombre de las montañas de Santander, á quien pidió sus documentos, para si estaban corrientes, admitirlo á su servicio; pero el buen montañés que no entendió que clase de papeles eran los que le exigía, presentó los pergaminos de nobleza, descendiente nada ménos que del tiempo de Ordoño II. Cuéntase también de cierto cocinero, que amenazado por su amo hubo de decir á éste: «no puedo padecer la riña, siendo cristiano viejo hidalgo como el rey, y... poco más.»

Esta repugnancia de la nobleza

á la ocupación honrosa del comercio, alcanzaba, como la que se tenía al trabajo, á una gran parte del pueblo; y una preocupación dolorosa que les empequeñecía hasta el ridículo á los ojos de las demás naciones, llevóles hasta desdeñar los usos de los judíos y de los moros, si quiera estuviesen destinados á la propia comodidad ó al más honesto recreo. Los descendientes de los cristianos viejos de las montañas, repugnaron por mucho tiempo los establecimientos de baños para el aseo personal porque representaban las abluciones que manda la religión de Mahoma. Tenían sobre todo un horror repulsivo á todo trato mercantil, y como los pecheros siguieron el ejemplo de los hidalgos, el comercio llegó á verse condenado por la reprobación general. En el siglo XVII se vió en la corte habitar los mercaderes extranjeros en los barrios donde vivían los embajadores de sus naciones, como única manera de estar á cubierto de los insultos del populacho.

Triste es el contraste que esto ofrece con lo que acontecía en otros países! Luis XIV ennoblecía á los principales comerciantes de su reino, y promulgó aquella célebre ordenanza en la cual declaraba que «el comercio marítimo no ofende á la nobleza,» queriendo en ello destruir la preocupación feudal que hacia se mirase el negocio y la especulación como ocupación de gente «villana;» el rey de España Carlos II obligaba á los comerciantes franceses, genoveses, venecianos, holandeses, portugueses y flamencos, residentes en su corte, á cambiar de habitación dándoles para vivir la calle de Atocha á estilo de lo que se hacia con los judíos, bajo pena de confiscación de bienes al que no lo verificase en el término de un mes. El monarca francés pensaba mejor en esta parte, comprendiendo que en el desarrollo del comercio está la vida y el porvenir de las naciones, y que convenia hacerle amable á todas las clases y condiciones. ¡Ojalá los nuestros hubieran imitado tales ejemplos y no lleváran á la España por aquellos derrumbaderos de perdición!

El despótico decreto de Carlos II lo tomaron los embajadores extranjeros como un insulto hecho á sus naciones, y reclamaron contra él, pero en vano; lo único que pudo conseguir el de Francia, para sus nacionales, y esto á costa de mucho trabajo, fué una próroga de dos meses al término señalado para su intalación en la calle de Atocha.

Desde entonces el desprecio á los «mercaderes» extranjeros se hizo más acentuado en las clases populares, como si se tratara de una raza extranjera, ó abyecta y perseguida cual la judaica, no parecia sino que el roce

de ellos llevase consigo algun maligno contagio, y cualquiera se creia autorizado para insultarles y hasta para vejirles, bastando una calumnia para que fuesen expulsados, presos multados, y aun condenados á muerte. En el año mil seiscientos ochenta y cinco, algunos mal intencionados esparcieron el rumor de que el rey habia sido envenenado por la reina, á instigación del embajador francés, y el populacho ébrio de venganza, se amontonó en la calle de Atocha pidiendo la sangre de los franceses. Todos los que hallaban vestidos al uso de su nación, como los que no hablaban claramente el castellano, para lo cual se les hacia pronunciar las palabras «ajo ó cebolla,» eran sacrificados despiadadamente.

Al tiempo que esto ocurría, que era á los últimos años del siglo XVII la España tocaba ya al extremo de la más profunda decadencia. Con referencia á Madrid, baste decir que no habia más que tres ó cuatro banqueros españoles, y casi todo el comercio estaba en manos de flamencos y genoveses. Por cualquiera lado que tendamos la vista en aquellos pavorosos tiempos, no podemos por ménos de bajarla con tristeza, al ver la postración completa de la agricultura, de la industria y del comercio; el abandono y la inercia por todas partes. ¡Cuando vemos á Castilla la vieja, que pudo ser el granero de España, limitada su producción, y escasa, al vino, al trigo y á la rubia; y los campos de Castilla la nueva, como los de Extremadura y Andalucía convertidos en desiertos! ¡Cuando la mayor parte de las manufacturas habian desaparecido, y apenas si Sevilla conservaba algunos telares de sus sederías, y Segovia de sus famosos paños! ¡Cuando el puerto de Pontevedra, uno de los más comerciales solo daba ya abrigo á algunas lanchas pescadoras, y la ántes tan famosa feria de Medina del Campo, reducida á un simple mercado de ganados!... Cuando esto vemos, cuando todo esto contemplamos, no podemos por ménos de exclamar: ¿Qué fué de la España de Carlos I y de Felipe II? ¿á donde fueron el génio industrial y el espíritu emprendedor que distinguieron aquellas épocas?

Y es que entonces una parte de los españoles se dedicaba á la carrera de las armas y la otra á enriquecer al país con el trabajo de sus brazos. La agricultura formaba como su primer cuidado, y era de ver las provincias del Norte cubiertas de árboles frutales y de abundantes pastos para los ganados, dar la miel, la cera, el lino, el cáñamo y el trigo; á la Cataluña y á Castilla la nueva con sus inmensos azafranes verdadero manantial de riqueza para aquellas provincias; á las huertas de Valencia y Mur

cia cual otros tantos jardines; el reino de Granada ostentando la agricultura más hermosa del mundo hasta en las cimas más encumbradas de las Alpujarras; á la Andalucía y las dos Castillas con sus inmensos campos de espigas que daban abundantísimas cosechas; la admirable fertilidad del Guadalquivir desde Córdoba hasta su embocadura, y la de las márgenes del Darro, de las costas de Almería, Málaga y Tarifa.

La industria, que iba á la par en intereses con la agricultura, nos presenta á Toledo, Cuenca, Huete, Ciudad Real, Segovia, Villacastin, Granada, Córdoba, Sevilla, Ubeda y Baeza, con sus ricas manufacturas de cueros, paños y sederías. Solo en Segovia se ocupaban treinta y cuatro mil operarios en la fabricación de paños que eran reputados por los más hermosos de Europa. Toledo daba sus ricos tisues y Córdoba sus célebres tafletes. En mil quinientos diez y nueve se contaban en Sevilla diez y seis mil telares de seda, con ciento treinta mil operarios. Las industrias más adelantadas de Europa no han llegado aun á dar á sus bordados y á sus telas de seda, la solidez, la hermosura y la perfección que se admira después de tres siglos en los productos de las antiguas manufacturas españolas; y prueba de ello son los ornamentos sagrados que dió Felipe II á la sacristía del Escorial, hechos en Sevilla, y los damascos que el mismo monarca hizo fabricar en Talavera para adorno de una capilla del propio monasterio.

El comercio, que era el complemento en esta homogeneidad de intereses, lo vemos en admirable desarrollo, en el interior, en las ferias de Burgos, de Valladolid; y sobre todo en la de Medina del Campo. Esta última, era el punto de cita para las grandes transacciones de los comerciantes españoles y extranjeros. Un ministro de Felipe II dijo en un Congreso que en la feria de Medina hubo año que se hicieron negocios por valor de cincuenta y tres mil millones de maravedises.

El comercio exterior estaba sostenido por numerosos buques que salían de los puertos de Valencia, Cartagena, Barcelona, Málaga y Cádiz, que llevaban á Italia, al Asia menor, al Africa y á las Indias Orientales los productos de la industria nacional. Todavía en 1586 se contaban más de mil buques de gran tonelaje que hacían el comercio de altura, y más de mil y quinientos de un orden inferior que se dedicaban al de cabotaje. El puerto principal donde afluia el comercio de todas las naciones era Sevilla. Por eso dice un escritor del tiempo de Felipe II: «Sevilla es la capital de todos los mercaderes del mundo; no ha mucho que la An-